

Título: Patas Arriba
Categoría: Primera
Pseudónimo: Karolina

Patas Arriba

Con el primer albor de la mañana enfilamos camino hacia Caín de Valdeón para iniciar desde allí la ruta del Cares que nos llevaría a Puente Poncebos a través de los Picos de Europa. Pero antes de empezar nuestra ruta tú todavía no sabías de mí. Te ibas a enterar en un momento. Ya estaba impaciente por ver tu reacción...Hasta que finalmente viste las dos líneas delante de ti, y yo grité: ¡Sorpresa! Me volteé y miré hacia arriba para ver tu rostro. Estabas muy contenta, supuse que me esperabas. Antes de salir de nuestro apartamento tomamos el desayuno. Sí, nosotros dos. La lluvia de leche fue tan deliciosa y divertida que pude incluso bañarme en el charco blanco. ¿Pero por qué saliste corriendo tan rápido? Ah, ya sé, perdón mamá, fueron las náuseas matutinas.

Caín de Valdeón me gustó mucho. Pasamos casi un mes en ese pueblo porque nos movíamos muy despacio y porque queríamos descansar en el seno de la naturaleza. Un día, agucé el oído para poder saber sobre qué estabas hablando por el móvil. Decías que querías comprar una cuna para mí. Me lo imaginé y sonreí. Después no pegué ojo en toda la noche porque solamente pensaba en eso. Tú dormías como un tronco pues no hacía movimientos innecesarios para que no te despertaras. Al día siguiente nos marchamos del Hotel para continuar el viaje. Tuvimos que recorrer una serie de túneles tallados en la montaña. A veces la altura sobre el río era demasiado grande para mí. ¡Qué susto me llevé! Pero en realidad estaba como entre algodones dentro de ti y no tenía de que preocuparme. Dentro de ti, en aquel entonces, tenía mucho espacio, podía incluso nadar. Cuando llegó la hora de comer, grité muy alto porque tenía mucha hambre. Por suerte el plato hecho de pasta larga, carne y tomates estuvo para chuparse los dedos. En ese momento solamente quería darte las gracias por todo lo que hacías por mí y, sobre todo, por tu amor. Luego, en un abrir y cerrar de ojos nos encontramos en el Puente de los Rebecos y después en el Puente del Bolín. Allí paramos porque estabas cansada. Sé que pusiste música y yo empecé a bailar, pero de repente te agarraste la barriga. Lo siento mamá, no quería causarte dolor.

Dos días después caminábamos hacia Asturias pero nos alojamos en un chalé por un largo periodo de tiempo. En ese lugar no podía aburrirme, día tras día conocía algo nuevo. Cada mañana hacías estiramientos. Eso era impresionante mamá, porque yo sentía todos tus pasos y movimientos con exactitud y podía incluso imitarlos. En el área del chalé había un jardín que parecía encantado y donde pasamos la mayor parte del tiempo de nuestro descanso en las montañas. Un día nos sentamos en un banco rosado rodeado de flores. De repente, llegó volando una mariposa y se sentó en tu barriga. Puse los ojos como platos y quería tocarla pero no pude conseguirlo. Solamente me acerqué a esa criatura para verla mejor. Tenía unas alas grandes que parecían al arco iris. Quería conocerla pero desgraciadamente ni me veía ni me oía. En ese momento te pregunté: ¿Por qué es así? ¿Por qué no puedo hablar con ella? Pero tú tampoco me respondiste. Entonces lo entendí todo.

Después de un rato la mariposa levantó el vuelo. Pusiste la mano “sobre mí” y comenzaste a hacer movimientos circulares. Me reía a carcajadas porque tenía cosquillas, pero lo más importante era que sentía tu ternura inmensa. Cuando empezó a anochecer volvimos a nuestra habitación. Nos preparábamos para dormir mientras leías un libro. Yo no entendía ni una palabra pero podía reconocer tu voz. Cuando terminaste de leer, pensé: Gracias mamá, he pasado un buen rato escuchándote. La verdad era que estaba impaciente por conocerte “en vivo” y, por supuesto por abrazarte. También mencionaste que tenías que comprar ropa para mí pero todavía no sabías quién iba a ser. Te enteraste pocos días después.

Cuando abandonamos el chalé, nos dirigimos al trayecto en el llano donde teníamos que bajar porque me dio la impresión de que saltaba. Tú respirabas agitada pero no te rendiste y por eso llegamos a los Callaos. Aquí paramos porque debías leer la información que contaba sobre la increíble construcción del camino por la “Garganta Divina”. Más tarde recorrimos la pista de Gravilla y piedras. Admirábamos lo que nos rodeaba: la hierba, los arbustos, los árboles e incluso el cielo celeste. Todas esas cosas nos impresionaban. Algo que he olvidado decir antes es que en aquel tiempo ya me había

acostumbrado a viajar patas arriba aunque todavía estábamos en el sexto mes. Inesperadamente el tiempo empeoró. Llovía a cántaros y el cielo se oscureció. Había una tormenta horrible. Tenías los nervios de punta mamá, lo sentí muy claramente. No sabías dónde escondernos. Estabas buscando una salida de esta situación cuando de repente algo nos golpeó con una fuerza enorme. En ese momento dejé de respirar.

Te despertaste en el hospital conmocionada. No tenías ni idea de lo que había pasado, pero tarde o temprano tenías que saber la verdad. Cuando el doctor se acercó estabas como un flan. A duras penas dijo: “Lo siento mucho señora, perdió a su bebé. Era un niño” Prorrumpiste en llanto. Yo quería hacer algo pero desde arriba solamente podía observarte. No fue culpa tuya mamá, no pudiste evitarlo. Sé que no fue lo que habríamos querido, pero fue un placer pasar tiempo contigo. Cuando te calmaste, dijiste dirigiéndote hacia mí: “Que sueñes con los angelitos”. No estés triste mamá, tal vez nos encontremos de nuevo algún día, pasaremos la vida juntos y terminaremos la ruta del Cares.